



**DUNGEONS
DRAGONS**
REINOS OLVIDADOS®

**GENERACIONES
VOLUMEN 2**

ILIMITADO

R. A. SALVATORE

minotauro



ILIMITADO

GENERACIONES II

R. A. SALVATORE

minotauro

© 2019 Wizards of the Coast LLC.
© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.
Originally published as *Boundless. Generations, Book II.*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, The Forgotten Realms, The Legend of Drizzt, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes, 2025
Rediseño de cubierta: dtm+tagstudy
Ilustración de cubierta: Magali Villeneuve
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1470-7
Depósito legal: B. 5.879-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

I

LIBRES

EL AÑO DEL FALSO ACUERDO
COMPUTO DE LOS VALLES 1118

—Estás de muy mal humor, amigo —dijo Jarlaxle a Arathis Hune en la taberna conocida como el Micónido Supurante durante una noche excepcional.

—Mi camino ha sido largo —contestó el asesino, cansado e inquieto—. Y pronto lo volverá a ser, me han dicho. Parece que, cada tercer año, alguien en Ched Nasad necesita que lo asesinen.

—Eres muy bueno en eso —repuso Jarlaxle mientras brindaba en alto con un vaso del potente burbon de setas.

—Díselo al que me llena el monedero —replicó Arathis Hune, secamente, y Jarlaxle contestó con una media sonrisa a la broma del asesino..., ya que era él quien le llenaba el monedero.

—No se ha decidido nada respecto a la Ciudad de las Telaraña Relucientes... —informó Jarlaxle, después de pedirle una bebida a su socio.

—¿Ningún movimiento por parte de la Madre Matrona Baenre?

—Ninguno. Dudo que le importe lo suficiente para recordar que quería matar a alguien allí. O, más probable, lanzó en susurros que se enviarían asesinos y eso ya fue suficiente para conseguir el cambio de comportamiento que ella quería. Seguramente, ella... nosotros hemos matado a suficiente gente allí para que incluso un simple susurro de Baenre...

—Yo —le corrigió Arathis Hune—. Yo he matado a suficiente gente. Hace décadas que el «nosotros» no aplica a cualquier cosa que se hace en Ched Nasad.

Jarlaxle se recostó en la silla para mirar largamente al asesino, al empeoramiento de su humor desde que le había informado que no sería posible un viaje a Ched Nasad. El asesino se había enfurruñado y luego había insinuado que en realidad no quería realizar esa misión.

Entonces, ¿por qué se había puesto de tan mal humor?

El suyo también estaba empeorando. Las palabras del asesino sobre su falta de participación en las recientes misiones eran demasiado acertadas. Bregan D'aerthe se estaba haciendo fuerte en Menzoberranzan, pero esa impresionante reputación, y su creciente número de soldados, había obligado a Jarlaxle a abandonar casi por completo los caminos más allá de la ciudad. Bregan D'aerthe era un objetivo demasiado tentador para las matronas de las casas poderosas; ¿iría a Ched Nasad o a algún otro lugar distante solo para volver y encontrarse con que la matrona de la Casa Barrison Del'Armgo o alguna otra rival de la Madre Matrona Bruenor se había hecho con el control de su banda de mercenarios? Jarlaxle se había pasado cinco décadas creando Bregan D'aerthe, cuyos cuarteles ya se extendían por los túneles de la Grieta de la Garra, la gran sima que dividía la caverna donde se asentaba la ciudad drow, y no tenía intención de perderla.

No, simplemente no podía arriesgarse a eso. No en ese momento. No cuando Bregan D'aerthe aún no era lo suficientemente fuerte para espantar intentos semejantes. Así que él se quedaba en la ciudad, mientras Arathis Hune se iba a realizar las importantes misiones lejos por la Infraoscuridad.

Por sí solo, eso no podía explicar el mal humor del asesino. Jarlaxle había llegado a confiar a Arathis Hune esos importantísimos asesinatos. Esa confianza debía causarle satisfacción, suponía Jarlaxle, ya que Arathis Hune maniobraba para convertirse en un poderoso jefe dentro de la organización clandestina. Entonces, de nuevo: ¿por qué estaba de tan mal humor?

¿Acaso conocería el significado de ese encuentro? ¿Podría saber Arathis Hune el motivo por el que le había convocado en las Calleshediondas? En tal caso, su ceño a penas disimulado sería comprensible.

Es una idea inquietante.

Jarlaxle pocas veces dudaba de sí mismo, pero lo estaba haciendo en ese momento. Para él, esa era una noche especial, y más importante de lo que se había esperado, porque se les iba a unir otro viejo amigo y colaborador, uno al que casi no había visto en los últimos trece años. Alguien a quien echaba muchísimo de menos.

No podía culpar a su amigo por esa larga ausencia. Como maestro de armas de una casa drow en ascenso, su ayuda había sido fundamental para que su matrona ascendiera de rango en la difícil jerarquía de Menzoberranzan. Como tal, su reputación había aumentado, incluso aunque esa reputación no hiciera verdaderamente honor a su habilidad con la espada. Todo eso había hecho que a Zaknafein Do'Urden últimamente no se le viera mucho fuera de la Casa Do'Urden. Se había creado demasiados enemigos, y había puesto nerviosas a demasiadas matronas de casas que podían haber sido las siguientes en la cola o de aquellas que dificultaban a la ambiciosa Matrona Malicia Do'Urden en su obstinado ascenso hacia uno de los asientos en la mesa de araña del Consejo Regente de la ciudad.

Era aún más raro ver a Zaknafein fuera de la Casa Do'Urden solo, e incluso más que el maestro de armas se aventurara a ir al Braeryn, las Calleshediondas, los barrios bajos de una ciudad donde hasta en los distritos más elegantes se practicaba el asesinato.

Jarlaxle apreciaba que Zaknafein arriesgara todo eso por reunirse con él.

—He pensado que podrías disfrutar de una noche de descanso —se disculpó Jarlaxle—. Si prefieres otra cosa...

—Cien años, ¿no es así? —le interrumpió Arathis Hune.

Jarlaxle iba a responder, pero retuvo las palabras. Sí que hacía cien años desde que había extraído a Zaknafein, entonces Zaknafein

Simfray, de un campo de batalla cubierto por los cadáveres de dos casas drow enfrentadas.

Arathis Hune miró hacia la barra, donde una impresionante mujer de cabello de plata se apoyaba contra la pared del fondo, con una bebida en la mano y varios hombres escuchando cada una de sus palabras, claramente embelesados y deseando una noche en su cama.

—Cien años para la sacerdotisa Dab'nay Tr'arach, también —comentó el asesino.

—Solo Dab'nay —le corrigió Jarlaxle—. Ha dejado el nombre de familia y ya no se profesa abiertamente como sacerdotisa. Pero, sí, el mil dieciocho fue un buen año para Bregan D'aerthe. Doblamos nuestro número, engrosamos nuestros cofres y adquirimos algunos colaboradores muy poderosos.

—¿Algunos?

—Tres.

—Ahora solo esa —dijo Arathis Hune, señalando con la barbilla a la antigua hija noble de la Casa Tr'arach.

—Más de uno —replicó Jarlaxle, pero lo dejó así. Duvon Tr'arach, el hermano de Dab'nay, había quedado apartado de Bregan D'aerthe, porque Jarlaxle lo había vendido a la Casa Fey-Branche para que fuera su maestro de armas hasta que uno de los hijos de la Matrona Byrtyrn llegara a ser lo suficiente hábil y veterano para asumir ese cargo. Pero Jarlaxle lo había hecho con el consentimiento de Duvon, y le había dejado claro a este que tenía un hogar cuando llegara el momento.

Zaknafein estaba demasiado ocupado con sus obligaciones con la Matrona Malicia, y el ambiente estaba demasiado caldeado para salir por las calles, dada la creciente lista de enemigos poderosos de Malicia. Todo eso lo mantenía muy ocupado. Pero siempre sería bienvenido en Bregan D'aerthe.

De todos modos, Arathis Hune, de nuevo, no se equivocaba. Para Jarlaxle no había ninguna duda sobre qué adición había hecho aquel año, el 1018, tan especial.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Arathis Hune bufó y se

fue al otro lado de la taberna para unirse a Dab'nay y algunos otros. Jarlaxle lo observó durante todo el camino, aunque no estaba demasiado preocupado por nada en lo referente a ese hombre. Ese pícaro podía ser un tipo encantador: reía tanto como fruncía el ceño, hacía el amor tanto como hacía la guerra y podía beber más de lo que debería un drow. Aunque eso, sin duda, molestaba a Jarlaxle, y a veces incluso lo preocupaba, en el fondo confiaba en que entendía bien dónde se hallaban las lealtades del asesino para estar seguro de él.

—Quizá he sido demasiado severo contigo últimamente —susurró Jarlaxle para sí. El líder mercenario asintió y tomó otro sorbo de su licor. Aunque no había sido una constante, Jarlaxle había observado una creciente melancolía en Arathis Hune desde aquel día lejano cuando Zaknafein Simfray había sido sacado del campo de batalla; una melancolía que parecía disminuir cuando permanecía ausente durante largos periodos. Naturalmente que esos dos magníficos asesinos eran rivales, y claro que Hune continuaría escéptico y cauteloso en lo referente a Zaknafein. Pero esto parecía más que eso, un nivel de celos que sorprendía a Jarlaxle.

Y a Jarlaxle no le gustaba que le sorprendieran.

Suspiró, tomó otro trago y se volvió hacia la puerta..., y casi se cae de la silla al encontrarse a un drow muy peligroso de pie justo a su lado. Con un gesto de cabeza, Zaknafein se sentó junto a Jarlaxle y miró más allá del mercenario, hacia la barra y los otros dos poderosos miembros de Bregan D'aerthe.

—¿La sacerdotisa Tr'arach y Arathis Hune? Están planeando tu defunción, claro —dijo Zaknafein.

—No serían los únicos, ni siquiera los más peligrosos —respondió Jarlaxle, e hizo un gesto al tabernero, otro hombre que había extraído de un campo de batalla hacía un siglo y que solo recientemente había instalado en el Micónido Supurante. Pidió una bebida para su amigo y otra más para él—. Y ahora la llamamos Dab'nay. Ya no hay ningún Tr'arach.

—¿Ni siquiera el que está detrás de la barra?

Jarlaxle sonrió de medio lado e inclinó su copa, brindando por el observador maestro de armas.

—Pareces estar animado —comentó Jarlaxle.

—Ponto lo estaré.

—Incluso ahora.

—Estoy... relajado —admitió Zaknafein, encogiéndose de hombros.

—¿La Matrona Malicia se ha llevado toda aquella rabia?

Eso hizo que Zaknafein sonriera.

—Creía que eso lo habrías averiguado por ti mismo.

—¿De verdad? —preguntó Jarlaxle, y se agarró el pecho como si lo hubiera cogido por sorpresa.

Zaknafein iba a responder, pero se contuvo cuando el tabernero se acercó, le puso una copa delante y luego volvió a llenar la de Jarlaxle. El hombre miró a Zaknafein a los ojos, quien pensó que detectaba un poco de rencor en ellos.

—Mucha es la memoria de los tontos drow —dijo Zaknafein mientras el antiguo guerrero Tr'arach atravesaba la taberna.

—Yo diría que eso es bueno.

—Lo sería si también recordaran que aún puedo matarlos, y me alegraría hacerlo —replicó Zaknafein, y ante la mirada asombrada de Jarlaxle, concluyó—: Sí, sí, entonces, te entregaría una recompensa por robarte soldados.

—Seguro que a ese no lo quieres matar, o a ninguno de ellos, sino ya lo hubieras hecho aquel lejano día en que atacaron la Casa Simfray. Ese en concreto —dijo, señalando al tabernero—. Tenías a Harbondair abatido en el puente entre las torres, una presa fácil. Sin embargo, Zaknafein no la cobró.

—Montaba un lagarto —dijo Zaknafein, asintiendo. No recordaba a ese guerrero en concreto, pero sí que recordaba tirar a un lagarto y su jinete por encima de la barandilla.

—Su querida montura, a la que había criado desde el huevo. Vosotros, los Simfray, lo destripasteis sobre él. Lo cabalgó hasta que se le cayeron las entrañas al suelo.

—Eso explica el hedor —replicó Zaknafein, seco. Alzó su copa para beber, pero se detuvo—. ¿Debería ingerir algún antiveneno antes? Jarlaxle rio.

—Harbondair no puede pagar tu remplazo, y no se atrevería a despertar la furia de la Matrona Malicia. Y, no, para responder tu pregunta sobre Malicia, no le pondría los cuernos a mi querido amigo.

—Debes de ser el único drow en Menzoberranzan que no lo ha hecho; además, tampoco lo consideraría así —explicó riendo; se bebió la copa de un trago y luego la levantó para que la viera Harbondair Tr'arach.

—Ella es todo lo que dicen —continuó Zaknafein—. Insaciable... y demente. Si Malicia pudiera luchar como folla, sería el mejor maestro de armas de todo Menzoberranzan.

—Bueno, claro, no me des las gracias.

—Por lo que he visto, no hacía falta que me uniera a su casa para averiguar la verdad.

—¿Y qué hay del chico, entonces? —preguntó Jarlaxle.

Harbondair se acercó con la botella, pero Zaknafein simplemente se la cogió y le despidió con un gesto.

—¿Qué pasa con él? —repuso Zaknafein.

—Dinin, ¿sí? ¿Es el...?

—¿Es qué?

Jarlaxle suspiró profundamente y se recostó en la silla, mirándolo fijamente.

—No —respondió Zaknafein—. No es mi hijo.

—Has estado muchas veces con la Matrona Malicia, ¿cómo puedes estar seguro?

—No es mío —insistió Zaknafein—. Seguramente el padre sea Rizzen. Me preguntaba si habrías sido tú, pero ya has dicho que no es así.

La expresión de Jarlaxle se tornó de curiosidad.

Zaknafein se encogió de hombros.

—Es un chico que está bien y, sin duda, uno de quien Rizzen

podría enorgullecerse, después de la mediocridad de Nalfein. ¿Te he contado que Nalfein llegó a desafiarme para servir él como maestro de armas de la Casa Do'Urden?

—¿De verdad? ¿Así que la Madre Malicia vuelve a tener un solo hijo?

—No lo maté. Ni siquiera luché con él en serio, solo lo desarmé antes incluso de que él pudiera desenfundar sus armas. —Zaknafein tomó otro trago—. Se le cayeron los pantalones, también. De nuevo, y como cabía esperar, nada impresionante.

—Ah, sí —repuso Jarlaxle—. He oído rumores de que Nalfein Do'Urden ha regresado a la Academia, aunque no me he molestado en confirmarlos.

—Pero a Sorcere, no a Melee-Magthere —explicó Zaknafein— En nuestra pelea unilateral, parece que le convencí de que probara con la magia.

—¿Y?

Zaknafein se encogió de hombros.

—Es mejor que luchando. Pero, claro, de no ser así, ya se habría transformado en un tritón retorcido.

—Por los magos débiles —dijo Jarlaxle, alzando su copa para que Zaknafein brindara con él.

—Por los magos muertos —aceptó Zaknafein.

—¿Y su segundo nacido? —preguntó Jarlaxle, mientras volvía a llenar su copa—. El que dices que no es tuyo. ¿También él acabará en los intrincados pasillos de Sorcere?

—Melee-Magthere.

—Como Zaknafein —observó Jarlaxle, astutamente, pero Zaknafein negó con la cabeza.

—Es lo suficientemente listo para ser un luchador, pero favorece más una mano. Más como Arathis Hune, supongo, o quizá como Jarlaxle.

—Te he advertido muchas veces que no me infravalores.

—Y yo te he advertido muchas veces que no te creas que estás siendo infravalorado. —Zaknafein vació su copa y rápidamente la

volvió a llenar—. Creo que Dinin es hijo de Rizzen —continuó—. Y de ser así, entonces, es lo mejor que Malicia va a sacar de él.

—¿Y de Zaknafein?

El maestro de armas se lo quedó mirando por encima de la copa mientras la vaciaba por tercera vez; se sirvió una cuarta.

—¿Y quién sabe? Incluso con Dinin. Quizá sea hijo de un demonio, o el resultado de alguna oscura magia. Malicia se pasó casi dos siglos cambiando de pareja veinte veces a la semana y, sin embargo, no consiguió nada excepto una horda de amantes exhaustos.

—Ya había dado a luz a dos bebés —le recordó Jarlaxle—. No es estéril.

—Ojalá lo fuera —masculló Zaknafein para sí, y si Jarlaxle no hubiera llevado una trompetilla mágica para mejorar sus ya agudos sentidos de drow, no hubiera captado ese comentario, o el siguiente—: Ojalá lo fueran todas.

Jarlaxle no comentó nada, y siguió en silencio, pensando en su amigo.

Zaknafein había llegado al Micónido Supurante muy animado, pero el buen humor nunca le duraba, no contra la realidad de Menzoberranzan.

La única respuesta, y Jarlaxle lo sabía, era un desafío. Agarró a Zaknafein por el brazo mientras este alzaba su copa para beber de nuevo.

—¿Nos damos un rodeo por las cavernas?

Zaknafein lo miró por encima del borde de la copa, incrédulo al principio. Pero una gran sonrisa comenzó a dibujársele en la cara, y le salió con él de la taberna y hasta casi la otra punta de la ciudad, donde se encontró con Jarlaxle sobre una alta cornisa que sobresalía en el Muro Oeste de la caverna, no lejos de los balcones de la Casa Do'Urden. Directamente a su derecha se alzaba el obelisco reloj de Narbondel, oscuro en ese momento porque la noche se acercaba.

—El riesgo —dijo Zaknafein entre risitas, meneando la cabeza.

—Eso es lo que lo hace divertido —respondió Jarlaxle, con una sonrisa burlona.

Ambos se desvistieron de las armas, los objetos mágicos y la armadura, y los escondieron. Se quedaron en calzas, camisas y las suaves botas almohadilladas que siempre usaban. Ahí estaban, solos en la noche de Menzoberranzan, casi a tres kilómetros del Micónido Supurante.

Intercambiaron una mirada, se encogieron de hombros a la vez y Zaknafein saltó. Solo cayó unos pocos metros hasta otra cornisa, se estabilizó absorbiendo la recepción con una profunda inclinación y luego se lanzó hacia delante, girando y volteándose en el aire para caer corriendo sobre el techo de una estructura cercana. Saltó alto sobre un caballete y plantó ambas manos sobre el umbral de la ventana que sobresalía de la torre de guardia de la estructura; luego rodó por encima de la ventana y, con una voltereta, aterrizó en el suelo. Siguió saltando en vuelo desde el final del tejado hasta otro más bajo. Aterrizó, hizo un mortal, luego otro y volvió a aterrizar de pie; luego, se lanzó hacia una rotación inversa, saltando hacia atrás para perder impulso y poder plantarse de pie sobre la calle de abajo.

Jarlaxle se plantó a la derecha de Zaknafein en una voltereta que lo obligó a seguir hacia la derecha, hacia una gran estalagmita, mientras Zaknafein corría rodeando por la izquierda la impresionante elevación.

Llegaron al otro lado con Zaknafein un paso por delante del mercenario, mientras otra estalagmita se alzaba ante ellos. Por el costado corrió Zaknafein, saltando hacia una cornisa de arriba, luego hacia otra, y cogiéndose de una tercera con la mano. Entonces, se giró para cambiar el apoyo de la mano y puso la espalda contra el muro. Se fue alzando y metió las piernas entre las manos; se lanzó hacia atrás y superó esa sección de la roca para caer al otro lado. Caminó apoyado en las manos para asegurar su recepción, y luego se lanzó hacia delante y salió corriendo.

Dio un salto por encima del murete de una casa menor, sin hacer caso de los gritos procedentes de unos guardias perdidos en la oscuridad, a su derecha. Saltó desde el borde de un pequeño estanque decorativo, llevando a cabo un mortal extendido para que las piernas alcanzaran el borde de la otra orilla. Agitó los brazos, porque estuvo a punto de

caerse hacia atrás, al agua, y soltó una palabrota cuando recuperó el equilibrio, cuando Jarlaxle pasó corriendo a su lado.

—Justo a tiempo para pillar las saetas de sus ballestas —se burló el mercenario.

Pero Zaknafein lo tomó más como una prudente advertencia que como una puya, y corrió, rodó, saltó y zigzagueó hasta la siguiente avenida abierta. Creyó oír una saeta volando por encima de su cabeza, pero no podía estar seguro y tampoco le importaba.

Ya antes le había alcanzado algún dardo durante ese juego que compartían Jarlaxle y él.

Cuando llegaron a campo abierto, después de rodear otro muro y subir por el saliente de otro montículo natural, Zaknafein comenzó a imitar a la perfección los movimientos de Jarlaxle, brincando, volteando, saltando obstáculos, rodando, exactamente como lo hacía el que iba delante. Recordaba la ruta lo suficientemente bien para saber dónde quería actuar para sobrepasar a su oponente. Llegar el primero a la puerta del Micónido Supurante no era lo importante y no decidía quién era ganador, pero sí era una cuestión de orgullo.

Siguieron adelante, pasado Narbondel y por la parte de la ciudad conocida como Narbondellyn, corriendo, saltado, escalando, fluyendo de un salto a una voltereta, y a otra, ejecutando una maniobra de escalada de araña en un muro casi vertical. Pasaron el largo patio y las estructuras de la Casa Fey-Branche, e incluso, en un punto, subieron al muro norte de ese recinto, correteando como un par de ratas gigantes para huir de la ronroneante persecución de una bestia desplazadora hambrienta.

Se acercaron a la esquina noreste, donde el muro torcía en un ángulo recto. Cuando los guardias comenzaron a gritar, Jarlaxle se inclinó hacia delante sin dejar de correr, puso la mano derecha en lo alto del muro y saltó por encima. Finalmente, cayó de pie sobre el otro muro, de cara al complejo, para saludar con la mano a los sorprendidos centinelas Fey-Branche antes de dar un salto hacia atrás y alejarse por el este.

Zaknafein ya volaba de igual modo, incluso antes de que Jarlaxle

tocara el suelo, y se giró mientras descendía del salto, como había hecho Jarlaxle, para salir corriendo en cuanto tocó el suelo.

Justo detrás de su viejo amigo, el maestro de armas saltó sobre un muro en un estrecho callejón, se tiró hacia delante sin parar de mover los pies y fue palmeando la pared opuesta manteniéndose casi horizontal, en lo alto, hasta que torció una esquina.

Allí, aun imitando a Jarlaxle, se dejó caer de pie y corrió hacia el noroeste por el sinuoso callejón. No pudo evitar sonreír cuando oyó una saetea de ballesta golpear la pared contra la esquina que con tanta habilidad había torcido. Siguió los talones del mercenario mientras ambos entraban en el Braeryn, donde los que conocían el reto y habían salido a mirar desde el Micónido Supurante ya los podían ver y animar silenciosamente.

Un claro en el suelo los hizo esprintar casi lado a lado hasta que Zaknafein superó a Jarlaxle, adelantándolo por la derecha. Cuando solo dos paredes, una alta hasta el cuello y la otra hasta la cintura, eran lo único que los separaba de la puerta de la taberna, Zaknafein realizó su nuevo movimiento. Avanzó el pie derecho, pero lo torció hacia adentro, hacia la izquierda. Lo plantó con fuerza, dio media vuelta y se fue impulsando con la pierna izquierda detrás de la derecha, subiendo, subiendo todo lo que pudo. Saltó hacia el aire, y pasó por encima de la pared alta hasta el cuello, y aterrizó en el otro lado, de cara a Jarlaxle, que estaba empleando la maniobra de salto hacia atrás con las manos sobre la pared.

Sin bajar el ritmo, Zaknafein saltó de nuevo en un mortal carpado sobre la segunda pared, más baja. Aterrizó con los pies que ya corrían, cargó a través del espacio que quedaba y se lanzó con el hombro contra la puerta del Micónido Supurante para atravesarla y ser recibido con crecientes vítores.

No muy lejos, cerca del Narbondellyn, dentro del mismo complejo sobre cuya pared habían corrido los dos, una joven matrona de una de las casas más antiguas de la ciudad se interesó en un mensajero procedente del Micónido Supurante.

—Ahora está con Jarlaxle —explicó el hombre, un pícaro sin casa cuya sangre estaba demasiado cargada de esporas de las setas que alteraban la mente, hongos mascados y alcohol para servir de nada a nadie, a nadie excepto a la Matrona Byrtyn.

Su maestro de armas. Avinvesa Fey, se hallaba junto al mensajero, asintiendo y sonriendo con sorna.

—Mi hermana también está ahí —dijo Avinvesa a su matrona, que lo había adquirido de la banda de Jarlaxle por una cuantiosa suma de oro y magia.

—No tienes hermanas —le recordó la matrona Byrtyn.

Al menos formalmente, para ella, la existencia previa de ese hombre estaba muerta y enterrada, y ese tipo de referencias al pasado simplemente no se podían permitir. Avinvesa no dijo nada.

Byrtyn se recostó en su cómodo trono, ponderando las noticias, y agitó la mano para que los dos varones bajaran del estrado.

—¿Por qué lo habrá dejado salir esta vez la Matrona Malicia? —preguntó a la sacerdotisa Affyn, su tercera hija, pero quizá la más impresionante, que se hallaba a su lado—. Ha lanzado muchas telarañas, y exhibir su más valorado tesoro abiertamente...

—Suponiendo que lo sepa —respondió Affyn—. La Matrona Malicia a menudo está... indispuesta, y, sin duda, su famoso maestro de armas es un rebelde.

—Y un gran amigo de Jarlaxle —admitió Byrtyn. Esta miró hacia delante de nuevo y agitó una mano hacia Avinvesa y su invitado por segunda vez, despidiéndolos.

—Este podría ser un buen momento para librarnos de Zaknafein —dijo Affyn cuando se quedaron solas.

Byrtyn asintió, considerando sus opciones. Los movimientos ambiciosos y agresivos de la Casa Do'Urden aún no la habían puesto directamente en contra de la Casa Fey-Branche, pero parecía ser solo cuestión de tiempo; a no ser, claro, que la Casa Do'Urden sufriera la pérdida de un activo tan importante como Zaknafein. El lazo personal también estaba ahí, porque Avinvesa, antiguamente Duvon Tr'arach, aún mantenía un

malsano resentimiento contra Zaknafein, al que culpaba de la caída de su casa y su familia. Tanto daba que Duvon solo hubiera sobrevivido gracias a los esfuerzos de Jarlaxle y su banda de alegres inadaptados; el rencor hacia Zaknafein se mantenía. En ese mismo momento, Byrtyrn había visto en los ojos de su maestro de armas el ansia que le producía la mera idea de que su rival pudiera ser expuesto y eliminado.

Matrona Byrtyrn había gastado muchos recursos en Duvon; no solo para adquirirlo de Jarlaxle, sino también para entrenarlo, vestirlo, incluso colocándole mejoras de fuerza y velocidad que solo unos magos muy caros habían convertido en permanentes. Lo había transformado en un perfecto maestro de armas, quizá incluso lo suficientemente fuerte para vencer a Zaknafein Do'Urden... con un poco de ayuda.

—¿Cómo le va a Geldrin? —preguntó ella.

Affyn había sido claramente pillada de improviso con esa pregunta, lo que decepcionó a Byrtyrn. Estaban hablando de Zaknafein y de asuntos de la casa peligrosos e importantes, que incluían la potencial pérdida del actual maestro de armas. ¿Por qué no iba Byrtyrn a preguntar sobre su propio hijo, que hacía poco había regresado de Melee-Magthere? A fin de cuentas, él era el sucesor lógico de Avinvesa, que no tenía sangre Fey.

—Su entrenamiento avanza adecuadamente —contestó Affyn, una vez recuperada la compostura.

La Matrona Byrtyrn asintió y se frotó la barbilla.

—Le falta bastante para poder asumir una posición de gran responsabilidad —añadió Affyn, aparentemente preocupada.

De nuevo, Byrtyrn asintió, pero también sonrió.

—¿Puede vencer a Zaknafein? —preguntó, más para sí que para su hija.

—No —contestó Affyn, de todos modos—. ¿Geldrin? El maestro de armas Do'Urden le...

—No Geldrin, estúpida —le riñó la Matrona Byrtyrn—. ¿Crees que enviaría a mi propio hijo, tan prometedor, contra alguien con la reputación de Zaknafein Do'Urden?

—Ah, entonces, Avinvesa —repuso Affyn—. Por los susurros de las últimas conquistas de la Matrona Malicia, no creo que yo apostara en contra de Zaknafein Do'Urden, ni siquiera si se enfrentara Dantrag Baenre o Uthegentel Armgo. Bueno —admitió—, quizá en una pelea contra Uthegentel.

—Serías palabras, y si la Madre Matrona Baenre las oyera de ti, mataría a Zaknafein solo por despecho y te mataría a ti por insultar de esa manera a su amado hijo Dantrag.

—Puedo hablar con sinceridad a la Matrona Byrtyrn —replicó la joven, tragando con fuerza.

—Sí, pero esas cosas me las dices solamente a mí, hija. No quiero que la Madre Matrona Baenre o esas crueles criaturas de los Barrison Del'Armgo se enfaden con nosotras. Sin embargo, has mencionado algo interesante: apuesta. Hay dos preguntas que formular antes de hacer cualquier apuesta. Primera, ¿puedes ayudar a quien apoyas sin que se note? Y segunda, ¿hay alguna manera de minimizar las pérdidas en el peor de los casos?

—Parece que estás considerando como importante la noticia de que Zaknafein haya salido de los muros de la Casa Do'Urden, matrona.

Byrtyrn, sumida en sus pensamientos, no respondió más que con un ligerísimo asentimiento con la cabeza. Sabía que no tendría muchas posibilidades de ir contra Malicia Do'Urden, a no ser que tuviera que defenderse de esa ambiciosa criatura. ¿Podría complicar la situación y volverla a su favor, y rápidamente, esa misma noche?

Y más importante, ¿podría hacerlo de lejos, sin implicar a la Casa Fey-Branche?

Zaknafein había parado de correr, claro, pero aún no había ganado la carrera. Ahí, justo ante él, había dos mesas con cinco grandes jarras de oscura cerveza en cada una.

El agotado maestro de armas se llevaba la primera a los labios cuando Jarlaxle entró en la sala. La inclinaba mientras tragaba, y la vació de una vez.

Fue a por la segunda jarra.

Y lo mismo hizo Jarlaxle, que se había terminado la primera más deprisa.

Cuando iban por la tercera, Jarlaxle había conseguido una pequeña ventaja, pero ninguno de ellos consiguió tragarla con la celeridad de las otras dos.

Zaknafein se agarró al borde de la mesa, estabilizándose, calmando su estómago. Las cinco debían acabarse, sin vomitar.

Jarlaxle ya iba por la mitad de la cuarta cuando Zaknafein volvió a alzar su jarra.

Pero Zaknafein acabó esa antes, porque Jarlaxle tuvo que parar y eructar varias veces, con mucho cuidado.

Los dos se miraron sin parpadear mientras alzaban la última cerveza.

Jarlaxle fue más rápido, demasiado rápido, y justo cuando estaba acabándosela, cuando con una mano dejaba la jarra vacía en la mesa y alzaba la otra de manera victoriosa, perdió tanto la carrera como lo que tenía en su estómago.

Zaknafein dio un paso atrás y bebió más despacio; ya no tenía que correr. Eructó varias veces con la jarra todavía en los labios, calmándose el estómago, tomándose su tiempo.

Y acabó, victorioso. Había ganado a Jarlaxle.

—Veintidós a veintidós —dijo a su amigo.

—¿Lo recuerdas? —repuso Jarlaxle, sorprendido.

—Durante décadas me ha hecho apretar los dientes que estuvieras por delante en nuestra competición por una sola carrera. Qué conveniente, siempre he pensado, que después de la carrera cuarenta y tres Jarlaxle dejara Menzoberranzan durante casi dos años.

Jarlaxle rio, porque era bien cierto, aunque no se había marchado por conveniencia o por nada que tuviera que ver con su competición.

Simplemente, las oportunidades en el mundo de la superficie habían demostrado ser demasiado atractivas para quedarse en Menzoberranzan.

—¿Sabes lo que significa esto? —le preguntó a Zaknafein.

—Volveré pronto para otra carrera —le aseguró el maestro de armas.

—Lo esperaré con ganas..., sobre todo ahora que ya se tu último movimiento —le advirtió Jarlaxle, acompañado de una serie de *oh*.

—Y sin duda intentarás perfeccionarlo —replicó Zaknafein, acompañado de una serie de *ah* de los mirones.

Jarlaxle negó con la cabeza.

—Buscaré uno mejor.

—Entonces, tendré que emplear unos cuantos de los otros, de los «mejores» que he perfeccionado para otros obstáculos durante la carrera.

Los hurras habían comenzado con la promesa de Jarlaxle, pero aumentaron tremendamente con la decidida réplica de Zaknafein.

Jarlaxle chasqueó los dedos y alzó la mano para coger la varita que el tabernero Harbondair le lanzaba. Con Zaknafein detrás, avanzó con piernas temblorosas hasta una mesa vacía en un lateral de la sala, apuntó con la varita hacia ella y pronunció una serie de órdenes, deshaciendo el espacio extradimensional que había creado para recuperar todas sus cosas y las de Zaknafein, excepto la bolsa del cinturón y el agujero portátil, que había dejado al cuidado de Harbondair y Dab'nay.

¡No sería muy aconsejable colocar ninguno de esos dos objetos en un lugar extradimensional!